

Joan Fuster

LAS ISLAS CON SU VOZ

En el panorama de las ediciones catalanas correspondiente a los últimos veinte años, la aportación mallorquina tiene una considerable importancia. Y de hecho, al decir «aportación mallorquina», hay que entender la aportación casi estrictamente personal de Francisco de Borja Moll. Muchos son los méritos de Moll como filólogo, y no hace falta ponderarlos aquí. Pero quizá no le vaya a la zaga su palmarés de editor. No sé cómo ni por qué Moll se metió a editor profesional. Su «marca» va ligada a textos de muy diversa índole. El *Diccionari Català-Valencià-Balear* es, sin embargo, y durante una larga etapa, su objetivo central.

Junto a él, Moll alineaba los modestos volúmenes de «Les Illes d'Or» y de «Raixa», y aún de otras colecciones de signo afín, cuya trascendencia está por valorar.

«Les Illes d'Or» tuvieron, y tienen, un alcance regional concreto, que no sabríamos apreciar exactamente desde fuera de las islas. Hay motivos sobrados para creer que ha cumplido y cumple una función de singular eficacia moral e intelectual. Con «Raixa», Moll se propuso algo muy distinto. Frustrados los cuadernos periódicos que pretendía lanzar bajo este título, intentó una experiencia sin precedentes: la de sostener desde la «periferia» una colección «normal» de libros catalanes. En su catálogo se incluyen autores de toda el área lingüística, y la idea consiguió un éxito inicial nada despreciable. De 1954 a 1964, «Raixa» puso en circulación 70 títulos: no está nada mal. Pero los humildes tomitos de «Raixa» no parecen ser ya viables en el mercado bibliográfico de nuestros días, y Moll ha suspendido provisionalmente su publicación. Sea como fuere, «Raixa» pudo gloriarse de haber mantenido una orientación suprarregional excelentemente útil, y de haber cubierto las necesidades de un sector de público en unos momentos de oprobiosa penuria editorial. Hace poco, Moll, desde su trinchera de la ciudad de Mallorca, ha inaugurado otra serie de libros. Le ha dado el nombre de «Els treballs i els dies», y está constituida por volúmenes de una cierta entidad material, y ya con ambiciones más amplias. Sin duda, significará un ensanche precioso de la «aportación mallorquina» a nuestra actualidad literaria, y, más genéricamente, cultural.

Ignoro con qué obra empezó la colección «Els treballs i els dies». Su segundo volumen es *La literatura moderna a les Balears* (Mallorca, 1964), de José M. Llompart. Y la verdad es que necesitábamos un libro como éste: no sólo para uso y consumo del lector de las islas —el primer interesado—, sino también, y quizá más aún, con destino a los catalanes del continente. Su oportunidad se justifica por diversas y sólidas razones. Una de ellas, de peso, es que el ensayo de Llompart nos sitúa de manera limpia y matizada ante el hecho de la «contribución insular» a nuestras letras desde comienzos del siglo XIX al día de hoy. No vale decir que eso —la «contribución insular», si pasa la fórmula— ya queda reseñado en cualquier historia literaria general. Porque, desde luego, convenía hacerlo además con un enfoque «aparte». De entrada, la perspectiva regional

nos permite recordar y medir con mayor holgura el tamaño de la participación mallorquina en la obra común. El dato interesa incluso desde el ángulo sociológico. En todo caso, visto de cerca, se nos aparece con la evidencia de su imponente complejidad. De Mariano Aguiló a Blai Bonet, de Costa a Lorenzo Villalonga, de los Alcover –el curial y el canónigo– a Rosselló-Porcel, de María Antonia Salvá a Villangómez, de Ruiz y Pablo o Estelrich a Baltasar Porcel, de Oliver a Miguel Bauçà, la lista de nombres «significativos» es densa y brillante. Y lo que no importa menos: los otros nombres, los «segundones», son igualmente firmes y dignos de mención. El conjunto resulta tan feliz como glorioso.

Todo ello, en un encuadre más vasto, se difuminaría un poco y, sobre todo, se haría de difícil explicación. El observador curioso tiene que preguntarse por las causas del «fenómeno» mallorquín, y sólo partiendo de una estimación justa de las condiciones «locales» conseguirá acercarse a una respuesta satisfactoria. José M. Llompart no descuida precisamente esta problemática. Ni se olvida de puntualizar, entre líneas, y sin optimismos que ahora estarían desplazados, el grado de «arraigo» real que la literatura «mallorquina» logra en su propia casa. ¡Cuántas y cuán aleccionadoras reflexiones sugieren estos temas!

La desigualdad de «desarrollo» literario en las distintas regiones catalanas, desde que empezó la *Renaixença*, se dibuja como un espectro inquietante en el fondo de las páginas de Llompart. El número y la calidad de los escritores, la procedencia social e ideológica de los mismos, el rumbo de su producción, la extensión y la fidelidad del público varían de un lugar a otro, y el desequilibrio obedece a factores profundos e intrincados, que un día u otro convendrá dilucidar. El libro de José M. Llompart nos da noticia exacta de las islas. A través de él podemos hacernos cargo, sobre una información directa y amorosa, de la particularidad balear, la cual, por lo que parece, tampoco es demasiado homogénea. Mirados con lupa, los «hechos diferenciales» se multiplican. Tal vez no sea honesto pasarlos por alto.

Pero en *La literatura moderna a les Balears* hay muchas más cosas. Hay, siempre, y en primer término, la sagacidad del autor. Llompart, poeta admirable –uno de los pocos defectos de su libro es que el «historiador» Llompart no se ocupa debidamente del «poeta» Llompart–, es también un vigía atento e inteligente de las letras de su país y de las catalanas en general. Quienes hayan seguido sus crónicas en los «Caps d'any» de «Raixa», o conozcan sus artículos en la prensa de Palma, saben hasta qué punto el criterio y el juicio de Llompart son certeros. *La literatura moderna a les Balears* tiene un origen anecdótico de apariencia subalterna: unas charlas radiofónicas de divulgación. De «divulgación», estos textos únicamente poseen el rasgo –virtud, además– de la claridad expositiva. Lo restante es ya trabajo meditado, de primera mano, con notables conclusiones originales. Vale la pena destacar los apuntes que le dedica a la llamada «Escuela mallorquina» –límites, contenido, azares–, que nos eximirán de recurrir, en el futuro, a las manoseadas definiciones de Joaquín Folguera acerca del asunto. Y más que nada son utilísimos sus análisis de Lorenzo Villalonga, de Miguel Dolç, de Mariano Villangómez, de Blai Bonet, de Bernardo Vidal y Tomás, de

Lorenzo Moyá, de Jaime Vidal y Alcover, de Baltasar Porcel, de la mayoría de los literatos consagrados o revelados en las islas después de la guerra. Llompart proyecta sobre ellos su desapasionada y lúcida justicia. Un libro como éste, y en estas latitudes, corría el peligro de quedarse en un juego encomiástico y de compadrazgos bobos: es, en cambio, un esfuerzo riguroso y noble, acreedor de las máximas admiraciones.

[*Destino*, 1467, 18 setembre 1965, p. 32]